EL VERDADERPO AMIGO DEL CORAZÓN.

DOMINGO 3º. DE PASCUA 2020 26 DE ABRIL

El texto evangélico que nos ocupa este día nos hace vibrar de emoción, porque la figura de los dos discípulos de Emaús nos hace volver la mirada a nosotros mismos, dado después de tantos y tantos signos muchos de nosotros aún no quedamos convencidos de la realeza, y de la cercanía de Cristo Jesús. Pero vayamos por partes. Se trata del día de la Resurrección del Señor por la tarde. Y se trata de dos discípulos, no precisamente los apóstoles, que por cierto estaban encerrados por temor a que les ocurriera lo mismo que a Cristo Jesús. Dos gentes de buena voluntad, que un día quisieron seguir a Jesús, convirtiéndose en sus escuchas, en sus discípulos y en sus amigos. Han esperado la vuelta de Cristo, pero siendo ya avanzado el día, y aunque se oían gritos de que Jesús ya había aparecido, ellos no contemplaron nada, y quisieron regresarse rápidamente a su tierra, aunque ya temían el chisme de la gentes que se burlarían de ellos, pues volvían con las manos vacías, sin haber podido conseguir nada para su futuro. Ya nos imaginamos entonces la cara de tristeza que llevarían. En eso van cuando otro peregrino se les une, nosotros sabemos que es Jesús que se acerca a ellos con cierta ingenuidad y les pregunta el porqué de su tristeza. Ellos de describen con sus

propias palabras su desilusión por la muerte de Cristo, en el que tenían fincadas sus esperanzas. Le relatan las predicciones que él mismo había hecho, pero como ya se cumplían los tres días mencionados, regresaban a sus casas. Cristo los toma entonces bajo su cuidado, se empareja definitivamente con ellos, y después de echarles en cara su incredulidad y su falta de fe, con toda tranquilidad les va explicando en el camino todo lo que se decía de él en los profetas y en las Escrituras. Su palabra era convincente y clara e inconscientemente fue encendiendo su interés en lo que Cristo les narraba, de manera que cuando ellos llegaron a su poblado y vieron que él iba a continuar su camino, lo invitaron a que permaneciera con ellos esa noche. Un buen detalle que nos habla de la generosidad, la acogida y la hospitalidad que los hebreos y los orientales en general sabían dar a los peregrinos. Cristo acepta complacido la invitación, se llega el momento de la cena, lo invitan a tomar el lugar principal y le conceden partir el pan, único para toda la familia. Jesús entonces, hace la bendición solemne de la mesa, comienza a dar un poco de pan a cada uno de ellos, y es en ese momento en el que al mismo tiempo que lo reconocen, con gran sorpresa de sus corazones, Jesús se les desaparece e inmediatamente viene el momento de la reflexión, el gozo y la alegría por haber podido participar en la Eucaristía ofrecida por las propias manos de Cristo. Recordemos que la eucaristía era reconocida en los primeros tiempos de la Iglesia como la “fracción pañis”, la fracción del pan, pues era el momento en el que Cristo se repartía entre todos los comensales. Y ellos se iban diciendo: “pero que tontos fuimos al no reconocer que el que se nos emparejó en el camino era nada menos que el Cristo al que nosotros esperábamos vivo y lleno de vida”. Pero no se quedaron con su alegría, sino que fueron en seguida, en medio de la noche, a llevar la buena noticia de que habían visto al

resucitado, encontrándose con la sorpresa de que también a los apóstoles ya se les había aparecido.

Para nosotros el mensaje es claro, muchas veces caminamos por la vida metidos en nuestros propios problemas, o a lo mejor entretenidos en nuestras fiestas, en nuestras pachangas o vivirnos preocupados porque no hay trabajo o porque el sueldo no nos alcanza e incluso en estos días ese miedo que nos han metido del famoso conavit 19 que ha venido a agravar nuestra situación y nuestra pobreza y es cuando Cristo se nos empareja en el camino, nos acompaña en la Eucaristía, nos habla en la oración, pero estamos tan empecinados que aún entonces no queremos darnos cuenta del grande amor que nos tiene y que le ha llevado a dar su vida, a derramar su sangre para que nosotros tengamos vida. Es el momento de tomar en serio a Jesús en nuestras vidas, es el momento de darle su lugar en el corazón y es el momento de hacerlo sentir en nuestra ayuda, en nuestra solidaridad y en nuestra cercanía con los que menos tienen para que demos así idea de que verdaderamente el Cristo que murió en la cruz es el mismo que nos acompaña, ya glorioso y resucitado, en camino a la casa de nuestro Buen Padre Dios.

Tu amigo el P. Alberto Ramírez Mozqueda te invita a difundir el mensaje. Yo estoy en alberamozq@gmail.com